



Experimentos fuera de laboratorio

DOS CIUDADES

Adam Zagajewski

El Acantilado. Barcelona, 2006. 301 págs.

ENSAYO POLACO

Tenía cuatro meses cuando él y su familia fueron obligados a salir de Lvov (que entonces pertenecía a Polonia y que ahora pasaba a convertirse en propiedad rusa), para ir a vivir a Gliwice, una gris ciudad industrial alemana, y que en ese reparto de postguerra se convertía en polaca. Corría el año de 1945 y la ilusión de que el mundo sería mejor después de Hitler. Pero ese desplazamiento forzado no sería nimio en la vida de Adam Zagajewski, sino un hito fundacional de su visión de sí mismo: un ser sin hogar.

Pero el desarraigo no lo hizo infeliz. Le abrió un camino para mirar a su alrededor, no como un sedentario, tampoco como un emigrante, sino con una luz peculiar: aquél para quien todo es novedad y obsolescencia, posibilidad e imposibilidad, agobio y alegría: aquél para quien la única patria es una lengua para atravesar por la vida ("la música ha sido creada para la gente sin hogar porque es el arte que menos unido está a un lugar concreto").

Don ciudades, el ensayo que inaugura el libro, es mucho más que un regreso del autor a sus primeros años. Es la invención de una íntima paradoja: aunque se acepta a sí mismo como un hombre sin hogar, adopta esa intemperie para pensar la vasta anchura del mundo a su alcance. Si Lvov es la ilusión del mundo perdido (que Zagajewski otea a través de los recuerdos de sus nostálgicos parientes), y Gliwice es el destino impuesto, de esa tensión entre lo que se añora y lo que se vive surge una clarividencia, una lúdica personalidad crítica (que recuerda al Adorno de *Minima moralia*, que no teme ni al susurro ni a la poesía), un carácter dominado por el deseo de registrar y descifrar el mundo.

Prosa ultravioleta que rasga mientras avanza sobre las apariencias del mundo, a Zagajewski le interesa la otra mirada: el revés de lo cierto, la hora que sigue al cansancio, el ser humano en su dimensión aleatoria o animal. En su pensamiento hay algo de aventura, de experimento fuera de laboratorio, de desparpajo frente al riesgo que entrafía asumir una ciudadanía mutante, con el coraje de repensarlo todo: "durante mucho tiempo, estuve persuadido de que el sentimiento inefable de impotencia era uno de los rasgos constitutivos del universo cívico (...) la impotencia parecía algo evidente, trágico, plenamente aceptado e incluso placentero".

Movimiento y una considerable libertad para pensar: quizás en ello consiste la poética del hombre sin hogar. Inusual capacidad de adaptarse de tanto vivir extrañado. Inhalación y exhalación de quien respira en un mundo apenas regulado. Sed, relación natural con el error, biografía abierta: intransigencia y generosidad. De esa profunda escisión que late en su urticante prosa es que provienen las preguntas irrenunciable que Zagajewski se formula a sí mismo (¿cómo vivir sin hacer daño al próximo?), pero también su imitación burlesca, los asombrosos ejercicios paródicos que contiene *Dos ciudades*.

Parodia: y es que bajo los rótulos de *Archivos abiertos* y *El nuevo Pequeño Larousse*, las otras dos secciones del libro aglutinan a un conjunto de textos breves que, a través de distintos procedimientos, sacan a la superficie el artificio, la banalidad inherente a toda retórica. Piezas del desencanto, giros irónicos, divertimentos, potente vitalidad de su lengua lúdica, Zagajewski hinca

su fuerza sobre la hipocresía: burla a la fiera totalitaria y a Dios, a los procedimientos burocráticos (insisto: ser un escritor centro-europeo es vivir con la sombra de Kafka en el reojo), a policías y tribunales, a lo que subyace en el pozo donde conviven memoria y justicia, a la "injusticia comercial de toda ontología".

Lejos está este comentario de ser siquiera insuficiente: como un laberinto sin final, quizás estos ensayos y juegos de inteligencia que nos obsequia este escritor polaco (su poesía emana una luz siempre reveladora), no han sido concebidos para concluir nada, sino como experiencias de recorrido; su secreto consiste en volver, en abrir sus páginas en cualquier parte y comenzar de nuevo. No proponen nada que pudiese ser traicionado. Se adhieren al principio de fragilidad de todo lo humano. Por momentos desesperan, más adelante sosiegan. La legitimidad da saltos de conejo en apuros. Lo humano son las preguntas, el cese de las veleidades, la estupidez de tanta argumentación.

¿Un desdeñoso, un obcecado afilador y lanzador de cuchillos, un ocioso desmontador que se place en dinamitar las bases de la convivencia? Un escritor que nos invita a desconfiar. A tensar y contraponer los lugares de la comodidad. No hay desfachatez. Es la cabeza de Zagajewski que se inclina conmovida por la delgadez de nuestro vínculo con el mundo. Que rechaza los discursos que distorsionan y aplastan nuestro lazo con los demás. De lo que habla esta brillante alma polaca es de nuestra necesidad de creer. De la soledad que habita en cada intemperie. De que todo conocimiento está sometido a su propia paradoja.

Nelson Rivera